ANTONIO RAMOS MARTÍN

EL SEXO DÉBIL

SAINETE

en dos cuadros y en prosa, original

(Caricaturas de Fresno)

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

EL SEXO DÉBIL

Para María Montagut,

recuerdo muy afectuoso de su buen

amigo Antonio

Marzo 1912.

EL SEXO DÉBIL

SAINETE

en dos cuadros y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO RAMOS MARTÍN

Estrenado en el TEATRO LARA el 29 de Febrero de 1912

(Caricaturas de Fresno)

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

Sr. D. Alejandro Saint-Aubin

Mi respetado y querido amigo: Usted es el padrino de este sainete, que tan cariñosamente ha sido acogido por el público y por la Prensa.

Cumplo, pues, un deber al dedicárselo; quiero que el nombre de usted vaya unido al de EL SEXO DÉBIL. *(No lo digo como chiste, que conste).*

Acepte usted esta prueba del afecto que le profesa su agradecido é incondicional amigo

Antonio Ramos Martín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PATRO..............................	SRTA. PARDO.
NATI..................................	ALBA.
LORENZO...........................	SR. MANRIQUE.
CAYETANO.........................	MORA.

La acción en Madrid.—Epoca actual



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Sala modestísima en casa de un albañil. Una camilla sin faldas y sin brasero en el centro de la escena. Al lado izquierdo de la puerta del foro, una cómoda: sobre ésta, varios cachivaches, recuerdos de verbenas y romerías. En las paredes, algún cromo y alguna fotografía. Un retrato de un torero y un almanaque grande con fecha del mes de Julio. Seis sillas de Vitoria. Ventana al foro derecha con tiestos y con un botijo. Una cuerda delante de ella, en la que hay colgados unos calzoncillos de cintas. Puertas laterales. La del foro da al corredor de la casa. Es en verano y por la mañana.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, se oyen gritos y ayes que indican claramente que la paz no reina en aquella casa. A los pocos momentos entra PATRO en escena de modo violento y como á impulso de un empujón y corre á refugiarse en el hueco que hay libre entre la cómoda y el muro de pared de la izquierda. Luego LORENZO

Patro ¡Ay, Lorenzo, por Dios, no me pegues más! (Con verdadero terror.)

Lor. (Yendo hacia ella con las de Caín, pero conteniéndose.) ¡Y luego dicen que se pierden los hombres! ¡Si sois vosotras las que los empujais pá presidio! ¡Vosotras!

Patro (Suplicante.) ¡Yo te diré donde está!

Lor. ¡Tú me lo dirás; tú me lo dirás! (Abre violen-

tamente los cajones de la cómoda y empieza á revolverlos, buscando algo que no encuentra. Algunas ropas caen al suelo.) ¿Dónde está? ¡Vamos á ver! ¿Dónde está?

Patro (Gimoteando.) En el vasar de la cocina.

Lor. ¿Y cuanto hay? Sin mentir.

Patro Veintidós pesetas.

Lor. ¿Y pa que las guardas?

Patro ¡Pa ahorrar!

Lor. ¡Pa ahorrar!... ¡Pa ahorrar! (Entra en la habitación; se oye ruido de cacharros que se rompen y sale al poco tiempo contando el dinero, que luego se guarda en el bolsillo con mucha dignidad.) ¿No ties más?

Patro No.

Lor. ¿De veras?

Patro ¡Por tu salú!

Lor. Por mi salú...

Patro ¡Si te lo juro por la mía, no lo vas á creer!

Lor. Y ya sabes que conmigo no vale ponerse tonta. No te quiés convencer de que, como marido. soy el amo, el hombre, y con esto está dicho tóo. A mi no me valen lloriqueos ni músicas; aquí se hace mi realísima voluntá y la que no lo quiera así, ya sabe ande está la puerta de la calle. Conque, chito, y no hagas pucheros, que las lágrimas no valen.

Patro Ya lo veo. ¡Si me quisieras! (Rompiendo á llorar.)

Lor. Si quererte es dejar que hagas lo que se te antoje, no; yo soy muy hombre pa que no me haga la ley ninguna descendienta de Eva. La mujer siempre tié que callar y aguantar y chincharse, que pa eso nació después que el hombre... aunque parece lo natural que fuese al contrario.

Patro (Suplicante.) ¡Lorenzo!...

Lor. ¿Qué?

Patro Hay que ahorrar.

Lor. ¡Pa dos cochinos días que vive uno!...

Patro ¿Y si en esos dos días caes malo?

Lor. Me muero... y muy á gusto, si me voy al otro mundo; habiéndome divertido en este. Bastante ha trabajao uno...

Patro ¡Lo que es tú!...

Lor. Otra impertinencia. Si no trabajo es porque no encuentro ó porque no me da la gana ¿lo sabes? Y tú no eres quién pa meterte en mis cosas: tú trabaja, que, cuando te canses, empezaré yo. Los dos á la vez, no; nos cansaríamos y en el matrimonio, siempre conviene que uno de los dos esté descansao, y si es el marido, mejor. Además, ¿yo te falto con no trabajar? No; ¿pues entonces? deja que me divierta.

Patro Diviértete en buen hora; pero no la pagues conmigo, que me das ca golpe... y yo no estoy hecha á que me peguen.

Lor. ¡A cualquier cosa llamas tú pegar! Esto de dar dos bofetás, no es pegar, es cariño; sí cariño. ¿Tú no sabes que los maestros, al que más pegan es al discípulo que más quién que aprenda?; pues eso es el cariño. Además; las hembras os habéis vuelto mu delicás. Mi padre que en gloria esté, pegaba á mi madrastra que en paz descanse, ca paliza que cantaba el credo. Bueno, pues ella ca vez más enamorá: y, ¿sabes lo que decía cuando falleció su marido y las vecinas la recordaban las palizas, pa echar por tierra al difunto? «¡Pobrecito mío!, si era el cariño, que no podía estarse quieto!» Y tenía razón. ¡Aún me acuerdo de la última solfa que la dió, cuando el infeliz apenas si se podía mover del reuma! La duraron los cardenales tóo el novenario... Y, basta de conversación. Recoge esa ropa, y anda á hacer lo que tengas que hacer. (Patro mete en los cajones de la cómoda, la ropa que antes tiró Lorenzo.)

Patro No voy á bajar na más que á la carnecería y á acercarme á la verdulería por unas patatas.

Lor. Pues anda.

Patro (Con timidez.) ¡Me tiés que dar dinero!...

Lor. ¿Cuánto?

Patro Trae una peseta.

Lor. Toma. (Dándole el dinero con generosidad.) Ya ves que yo, cuando doy dinero, no me sulfuro como tú. Y lávate los ojos, que paecen dos tomates y van á creer cualquier cosa mala... Y dame un abrazo, y lo pasao, pasao. (Se abrazan.)

Patro Te tengo que pedir una cosa...
Lor. ¿Qué?
Patro Que no me pegues en la cabeza, que luego me dejas atontá pa tóo el día.
Lor. Bueno, mujer, bueno, ya me fijaré otra vez.
Patro Adiós. (Cogiendo la cesta de la compra que habrá encima de la cómoda.)
Lor. (Mirándola embobado.) Vas, como pa dar guerra.
Patro Pues aquí, ya la ha habido.
Lor. Pero con otro abrazo, la paz, y en paz. (Se abrazan otra vez.)
Patro ¡Hasta luego!
Lor. Adiós mujer. (Vase Patro por el foro.)

ESCENA II

LORENZO; luego CAYETANO

Lor. ¿Pa qué será uno tan sensible? Siempre se ablanda el que pega, y que debía de ser al contrario.
Cay. (Desde la puerta del foro. Es un albañil de unos cincuenta años poco más ó menos.) ¿Se pué pasar?
Lor. Entra, Cayetano, y echaremos un pitillo.
Cay. Hombre, te lo agradeceré, porque desde anoche no he echao ni una bocaná de humo.
Lor. (Dándole un pitillo.) Toma.
Cay. Gracias.
Lor. ¿Y se trabaja mucho?
Cay. Demasiao.
Lor. ¿Y tu mujer?
Cay. Buena. ¿Tiés un fósforo?
Lor. (Dándole la caja de cerillas.) Ahí va.
Cay. ¿Y la Patro?
Lor. Ahora subirá.
Cay. Ha habido espetáculo, ¿eh?
Lor. Casi ná; se pasó de seguida.
Cay. ¡Qué suerte tiés!
Lor. ¿Por qué?
Cay. ¡Por la mujer que te has llevao!
Lor. Como las demás; un poco más guapa.
Cay. ¡Cómo se ve que no conoces á las otras! Habías de haber dao con la mía; en cuanto la hubieses querido levantar una mano, puchero que te encontrabas en la cabeza.
Lor. ¡No será tanto!

Cay. Lo sé por experencia. Toa la batería de cocina me costó convencerme. Tú has tenido la suerte de encontrar una mujer que es un ángel y la habilidá de conservar los pantalones. Yo me los quité pa acostarme la noche de la boda, y cuando me desperté ya los tenía puestos la Nati... y hasta hoy.

Lor. ¡Es que no sé cómo eres!

Cay. ¡Lo que no sabes es cómo es ella! Mira: á los ocho días de casaos, porque llegué un poco tarde á casa, tuve que dormir en el rellano de la escalera. Dí cien patás á la puerta, rompí la campanilla, me quedé ronco de gritar, y como si no. La Nati se asomó por el ventanillo, me dió las buenas noches mu finamente, eso sí, y hasta la mañana siguiente no abrió la puerta. ¡No te quió decir cómo entré en mi casa! y primer puchero que me tiró. Al día siguiente no me consintió dormir en la alcoba, ni al otro, ni al otro... Un mes estuve haciéndole compañía al gato en la cocina. ¡Animalito! hasta me lamía...

Lor. Yo agarro un garrote y...

Cay. ¿Crees que no lo agarré yo? Pero se encerró en la cocina y no abría más que pa tirarme algo. A esa no hay quien la domestique. Se levanta á las cinco de la mañana... pues á las cinco y cinco me tengo que tirar yo de la cama, porque me quita la manta y abre la ventana, si es en invierno, y si es en verano, me coloca encima los muebles que quita pa hacer la limpieza. El otro día que me quedé un poco adormilao, me metió la pata de una silla por este vacío, y aun me duele, y comprenderás que con estos despertadores no hay quien pegue un ojo en toa la noche.

Lor. Vamos, que no me explico tu debilidá, ¡porque tú eres un hombre!

Cay. No lo dudes, Lorenzo. Es que me ha tocao una mujer de una vez. Si llegara eso que dicen del reparto y me diesen las seis ú siete que me corresponden y un par de ellas fueran como la que disfruto en la actualidá, no vivía tu amigo Cayetano ni dos meses.

Lor. Te está bien empleao, por poco hombre.

Cay. Eso no te consiento que lo digas; á mi me pones delante de un hombre y me mato con él; pero cómo, ¡á bocaos! pero con una mujer así, es que no hay forma. Además, que los hombres estamos en la peor de las condiciones. Verás; pon que tu señora te sale de esas ligeras, y que por sus ligerezas, un poco pesás, te desapartas de ella; bueno, pues la prógima sigue haciendo lo de antes y tú... el minino, porque pa la gente es siempre la mujer de Fulano. ¿Que no te desapartas porque no lo sabes?... haces el indio. ¿Que lo sabes y te haces el neurasténico?... pues haces el panoli. En total: que te importe ó que no te importe, que lo sepas ó que no lo sepas, que te desapartes ó que no te desapartes, siempre estás haciendo un papel. . higiénico.

Lor. En eso sí que llevas razón.

Cay. Natural: Otro ejemplo: ¿pegas á tu señora? ¡Qué valiente, se atreve con una mujer! ¿Te pega ella? ¡Qué gallina, se deja zurrar por una mujer! Na, que lo que yo digo, el hombre es el del sexo débil.

Lor. Lo que yo te digo y te repito es que no tiés carácter, y que ya quisiera yo estar dos días con tu mujer.

Cay. No te has fijao bien en ella.

Lor. Déjate de bromas. Tóo tu cautiverio se arregla con un palo. En cuanto la atices un garrotazo bien dao no le quedan ganas de probar el segundo.

Cay. ¡Te advierto que es de las que contestan!

Lor. ¿Y qué? Te enredas á trastazos y á la fuerza se tié que cansar antes que tú.

Cay. Eso sí es verdá.

Lor. Y esto lo repites hasta que se quede de gamuza.

Cay. Mira que yo me ciego y la puedo malograr.

Lor. ¿No vives ahora peor que en la cárcel?...

Cay. Casi...

Lor. Pues entonces.

Cay. Me pintas de un modo la situación, que me están dando ganas de ir á ensayarme en las costillas de mi costilla.

Lor. Y ya verás cómo antes de un mes eres el amo de tu casa, y gastas y triunfas y tiés dinero: el tuyo y el de tu mujer.

Cay. Como debe ser, que pa eso la da uno su apellido. ¿De qué si no iba á llamarse ella González de Perea?... El Perea se lo dí yo, y además la he hecho señora en un momento, y esto siempre da algún derecho.

Lor. Naturalmente.

Cay. La Nati ha nacido hembra por una distración del Todopoderoso.

Lor. Tu mujer necesita mucho palo. Ya ves la mía, un corderillo; no la paso ni tanto así, y es la manera de tratarlas. A propósito, ya debía estar aquí, que no bajó más que á la carnecería, y me paece que ya ha tenido tiempo de comprar un cuarterón de carne.

Cay. ¡Se habrá entretenido!

Lor. Es que yo no quiero que se entretenga. (Ya en tono muy violento.)

Cay. Miá que eres desigente.

Lor. ¿Lo ves? Eso te pierde. Si la dejo sin decirla ná se crece, y no debe ser así. Ya verás en cuanto venga. ¡Pues hombre!...

Cay. (Admirando á su amigo.) Eres un temperamento de una vez.

Lor. Como debías ser tú. Veinte minutos pa no hacer ná. (Mirando por la ventana.) Ya sube.

Cay. No te escedas, Lorenzo.

Lor. Ya verás; pero hazme el favor de no interceder, ni intervenir, ni entrometerte siquiera.

Cay. Descuida.

ESCENA III

DICHOS y PATRO, por el foro, con la cesta

Patro (Muy alegre.) Buenos días, señor Cayetano.

Cay. Muy buenos.

Lor. (De malos modos.) Buenos pa ti, que se conoce que te ha gustao la mañana y te has ido á pingonear por ahí.

Patro (Tratando de disculparse.) Pero si yo no...

Lor. (Muy destemplado.) ¡A callar, si no quies que te lo diga de otro modo! Está visto que no se os pué dejar de la mano.

Patro (A Cayetano.) Pero, ¿ve usté...?

Lor. Aquí no tié que ver nadie nada. Yo soy el veo que abusais en cuanto se os da un poco de espansión.

Patro Si yo... Mira, Lorenzo, que...

Lor. ¡A callar! Esto va á terminarse en seguida. Te voy á coger, te voy á encerrar en un cuarto y á echarte la comida por el montante. Conmigo no ha jugao ninguna mujer y no vas á ser tú la primera.

Cay. (Admirado de Lorenzo.) ¡Qué carácter de hombre!

Patro (Llorando.) Yo te juro que...

Lor. ¿Ahora lagrimitas? Vámonos, Cayetano, que me se está acabando la paciencia, y voy á empezar á golpes y...

Patro (Acercándose á Lorenzo.) Entérate y verás cómo yo...

Lor. (Dándole un empujón y tirándola sobre la camilla.) ¡Quita de ahí y no te me acerques! Vamos, Cayetano. (Bajo á éste y señalando á Patro.) ¿Lo ves?

Cay. (Completamente resuelto.) ¡Vaya si pruebo yo con mi mujer. (Vanse por el foro.)

ESCENA IV

PATRO y luego NATI

Patro (Sentada junto á la camlila se echa de bruces sobre esta, ocultando la cabeza entre las manos y llorando con gran desconsuelo.) ¡Ay, madre de mi alma, qué desgraciada soy! ¡Ya no me quiere! ¡Ay, madre de mi vida, qué le he hecho yo!

Nati (Mujer del pueblo, de la misma edad que Cayetano aproximadamente. Entra por la puerta del foro y se queda parada detrás de Patro, mirando á esta con lástima y luego con cierta indignación.) ¡Pero qué poca tién algunas mujeres!

Patro (Volviéndose asustada.) ¿Eh?

Nati Vergüenza, digo.

Patro ¿Es usté?

Nati ¿Quién quiés que sea? yo, que me están dando unas ganas de empezar á golpes contigo.

Patro ¡Ay, señá Nati, qué desgraciá soy!

Nati ¿Y por qué?

Patro Dos veces me ha pegao hoy Lorenzo.

Nati Ha hecho bien. (Con naturalidad.)

Patro (Sorprendida.) ¿Qué dice usté?

Nati Lo que oyes: que ha hecho bien. Eres un burro de carga y por eso te llevas los palos. En mi casa el burro es mi marido.

Patro (Llorando.) ¡Qué desgraciá soy!

Nati Tú tiés la culpa; aguántate.

Patro ¿Y qué voy á hacer?

Nati Tener corage, revolverte, descalabrarle un día.

Patro (Asombrada.) ¿Eh?

Nati Eso mismo. A los hombres, ná de consideraciones; ¡si toas fueran como yo, qué bien iría este mundo!

Patro Usté si pué hacerlo, porque su marido es un...

Nati Un hombre como los demás; te lo aseguro; yo soy la que no soy tan pánfila y tan tonta como vosotras. ¡A mí me va á tocar mi marido! Me tocará, no digo que no; pero cuando yo quiera, que pa algo me ha dao Dios dos brazos y en cá brazo una mano, y en cá mano cinco dedos, y en cá dedo una uña.

Patro ¡Eso de pegar á un hombre!...

Nati Con los hombres, y sobre tóo con los maridos, se debe hacer lo que con las prendas, señalarlos para que no se pierdan, y si se pierden que no los aproveche otra.

Patro (Levantándose una manga de la blusa.) ¡Mire usted qué golpe me ha dao hoy!

Nati ¿Y vas á dejar este cardenal sin venganza?

Patro (Indicando otros recuerdos cariñosos del cónyuge.) Pues, mire este... y este... y este.

Nati (Indignada.) No me enseñes más, que me pongo nerviosa y luego lo paga Cayetano.

Patro ¡Esto no es vivir, señá Nati!

Nati Ya lo creo; pero es que eres tú la suicida, y paece mentira que seas mi amiga y no te mires en este espejo, que tié la luna mu clara. Os asustais en cuanto os dan dos gritos,

os acurrucais, y es claro, ellos se crecen y de las palabras pasan á los hechos, y ¡ay de de la mujer que deja acionar á su marido! Con eso de que somos del sexo débil, los hay que se aprovechan, pero conmigo no hay buen provecho que valga, que soy muy mujer pa cortarle la digestión al que me quiera amenazar tan siquiera.

Patro ¡El señor Cayetano es un bendito!

Nati Ahora, sí; pero sus golpes le ha costao; que al principio bien alzaba el gallo y se ponía tonto, y yo callá, hasta que se casó y desde ese día le dejo gritar alguna vez pa que se quede ronco, y luego empiezo yo, y, callandito, sin que nadie se entere, le pongo á caldo. Sigue mis consejos.

Patro ¡Como si eso fuera tan fácil!..

Nati Facilísimo. Escucha, sin gimotear. Hay dos modos de meterse á los hombres en el bolsillo del delantal, pegándosela ó pegándoles. La primera, Dios me libre de aconsejársela á nadie; la segunda la recomiendo porque á mí me ha dao mu buen resultao. Al principio te se hace cuesta arriba tener que hacer un chichón á tu esposo; pero luego te haces á ello, y le vareas como si fuera un colchón.

Patro ¡Eso se dice mu bien!

Nati Y se hace. Ná de complaciencias con ellos: un mimo que les hagas, que te lo agradezcan. Mira, mi Cayetano se casó conmigo y se creyó que ya tenía asegurá la sopa boba, y el bobo fué él. Si quié comer, él tié que traer los mendrugos, que yo bastante hago con guisar, lavarle la ropa, tener la casa limpia y coser lo que se le rompe. Esa es la obligación de la mujer, administrar lo que el marido gana. Y ellos, no; quién que tú lo ganes y administrarlo ellos. (Pausa.) ¿Trabaja tu marido?

Patro Ahora no.

Nati Pues que no coma.

Patro ¡Señá Nati!

Nati ¡Anda! Eso hace el mío. Es un Papús ayunando; hay veces que la Cuaresma es pa él en verano. ¿Beber? bebe agua; ¿fumar? se chupa el dedo; ¿jugar? conmigo; ¿gastar?

ni un céntimo. Así es como te explicarás que podamos tener ahorraos sesenta duros. Una libreta en el Monte. ¿Y tú tiés algo en el Monte de Piedad?

Patro La ropa.

Nati ¿Lo ves?

Patro Ha empeñao Lorenzo toa la de invierno.

Nati ¿Y tú la desempeñarás?

Patro ¿Qué voy á hacer?

Nati Lo que hice yo hace dos años, que mi marido empeñó mi mantón y su capa; saqué lo que á mí me hacía falta y él, cuando tenía frío, se embozaba metiéndose las manos en los bolsillos. Venía á casa heladito, y yo... le calentaba. (Indicando la acción de pegar.)

Patro Lorenzo no es como el señor Cayetano,..

Nati Tóos son iguales; en cuanto ven el piri en peligro, corderos; y si además hay leña, borregos. Tú no te achiques, y cuando riña, riñe; cuando grite, grita; cuando pegue, pega; pero con rabia y con mala intención. Los puñetazos en la boca del estómago, dejan sin respiración y son los mejores.

Patro ¡Dice usté unas cosas!...

Nati Es que te aconsejo, porque me da grima ver cómo te metes en un rincón mientras él se divierte, sabe Dios si con otras.

Patro (Rápidamente.) ¡Eso no!

Nati Cualquiera lo sabe.

Patro (Con resolución.) ¡Era capaz de matarle!

Nati No tanto.

Patro De sacarle los ojos.

Nati Menos.

Patro ¡De señalarle pa toa su vida!

Nati Por ahí, por ahí.

Patro ¿Ve usté que no parezco ná?.... (Con rabia.) Pues le cogía...

Nati ¡Cógele! (Animándola.)

Patro Y estas uñas tan pequeñas se las clavaba...

Nati Clávaselas, y eres el ama de tu casa.

Patro Pero... ¡si no quié á nadie más que á mí!

Nati ¡Y si mañana!...

Patro ¡No quiero pensarlo!

Nati ¿Y evitarlo?

Patro Eso sí.

Nati Pues duro.

Patro (Con resolución.) Por su cariño, todo.
Nati ¿Y por tu felicidad?
Patro ¡También!
Nati ¡Chócala! antes de tres días, tafetán. (Se estrechan la mano.)

ESCENA V

DICHAS, LORENZO y CAYETANO

Lor. (Desde la ventana y señalando á Patro y Nati.) Ahí tiés á tu mujer, Cayetano.
Cay. Andá, es verdá.
Lor. Que no te olvides de que tiés que ser un hombre.
Cay. Ahora verás.
Lor. (Desde la puerta del foro.) ¡Buenos días!
Patro ¡Ah, son ustedes!
Nati (A Cayetano con cierto retintín.) ¿De dónde vienes, monada?
Cay. (Muy rápido y con energía cómica.) ¡De ande me da la gana! (Mirando á Lorenzo.) ¿Eh?
Nati (Con asombro.) Pero, ¿qué dices?
Cay. (Con mayor energía.) ¡Que de ande me da la gana! (Encarándose con su mujer.) ¿Y qué hay?
Nati (Echándolo á broma.) ¿Ah, pero es en serio?
Cay. (Con voz destemplada y casi al oído de Nati.) ¡Sí! (Se sienta en una silla, satisfecho de su hazaña.)
Nati (A Patro con burla.) ¡Pero tú ves qué fiera!...
Patro (Con un poco de mala intención.) Es que los hombres son mu valientes con las mujeres.
Lor. (Con gana de armar pelea. A Patro.) ¿Qué dices?
Patro Lo que oyes.
Nati (A Cayetano.) Pero oye.
Cay. No me da la gana.
Nati ¡Ay, qué gracia!
Cay. ¡Y que lo digas!
Lor. (A Patro.) Menos humos, hija.
Patro Los que tengo, padre.
Lor. (A Patro.) ¡Como me alcés el gallo!...
Patro ¡Si te acercas te rompo la cabeza con esta silla! (Cogiendo una silla y amenazándole.)
Lor. ¿Eh? (Con asombro grandísimo.)
Nati ¡Arriba, zángano! (Queriendo levantar á Cayetano de la silla en que se sentó.)

Cay. ¡Quita de ahí, esperpento! (Empujándola)
Lor. ¡Patro!
Patro ¡Lorenzo!
Cay. ¡Nati!
Nati ¡Cayetano!
(Se miran los cuatro. Cayetano y Patro con aire de triunfo, y Nati y Lorenzo, estupefactos.—Cuadro.—Telón rápido.)

MUTACION

A LOS DIRECTORES DE ESCENA

De la duración de este intermedio, que debe ser brevísimo, depende mucho el efecto del segundo cuadro. Conviene para que al público le parezca más corto haya música el escaso tiempo que haya de entreacto.






F. G. Fresno



CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del cuadro anterior. La camilla con brasero. El almanaque con fecha del mes de Diciembre. Dos felpudos. Encima de la camilla una botella con agua y un vaso. En la ventana dos tiestos con ramas secas solamente. En la cuerda de delante de la ventana aparecen colgadas unas enaguas. Es en invierno.

ESCENA PRIMERA

PATRO y LORENZO

Patro, sentada en una silla, frente á la camilla, y Lorenzo en pie ante su mujer como quien suplica

Lor. Pero vamos á ver, ¿es que llega un domingo y un hombre como yo, trabajador, no va á poderse gastar ni dos pesetas con los amigos?

Patro No señor, no pué ser.

Lor. Es que no reflesionas...

Patro Ni me da la gana de reflesionar.

Lor. Bueno, mujer, bueno; tiés un carácter que es una pólvora.

Patro El que quiero. ¿Y qué hay con eso?

Lor. Na... (Pausa.) Oye, me das dos reales pa una cajetilla?

Patro (Se levanta, abre uno de los cajones de la cómoda, de donde saca unos pitillos que entrega á Lorenzo.) Toma.

Lor. ¡Seis pitillos! ¿Y qué hago yo con seis pitillos?

Patro Chupar.

Lor. ¡Y de treinta! Esto es una porquería.

Patro (Quitándoselos de la mano.) ¡Trae! (Los guarda otra vez en la cómoda.)

Lor. Pero...

Patro No quiero que fumes porquerías.

Lor. Por lo visto va á resultar que un hombre en su casa no es nadie.

Patro Ya lo creo; el marido.

Lor. Pues yo no lo veo por ninguna parte.

Patro Ni hace falta.

Lor. Tú lo que eres es una acaparadora. Tóo tu jornal, pa ti; tóo el mío pa ti. ¿Pero qué va á ser esto?

Patro ¿Y qué más? ¿Llevas alguna mancha? ¿Vas roto? ¿Tiés camisa limpia? ¿Enseñas algo que no se pueda ver? No; ¿pues, entonces?

Lor. ¡Maldita sea hasta la hora!... Me están dando unas ganas de abrir la ventana y tirarme de cabeza á la calle...

Patro Ten cuidao que han puesto adoquín nuevo.

Lor. Así resulta que es uno el blanco de las chuflas de los amigos, que me dicen que la cabeza de la familia eres tú, y yo el cuerpo de casa.

Patro A ver que más pué pedir un hombre, que una mujer hacendosa que le cuide y que ahorre, y que le tenga el puchero á su hora, y la casa tan relimpia como está ésta? ¡Pués quejarte! sabes que no debe asustarte una enfermedá; que hay ahorraos unos duros pa no pasar fatigas en unos días. Antes, si te hubieras caído del andamio, ¡á morir como un perro en el hospital, rodeao de caras estrañas!; ahora, pues estar seguro de que en tu casa hay pa médico, pa botica y hasta pa un entierro decente, si llegara el caso.

Lor. Que sí que es pa tranquilizarse.

Patro ¡Claro!

Lor. Si tóo eso me parece mu bien; pero alguna espansión ha de tener el hombre.

Patro Claro que sí; con su mujer. Los amigos no sirven más que pa aconsejar mal y pa cambiar á los hombres.

Lor. Na, mujer, na; que tiés un genio...

Patro El que me conviene.

Lor. Ya lo veo.

Patro Y espérate aquí, que tengo que bajar un momento á la tienda.

Lor. ¿Vas á tardar mucho?

Patro Si ves que tardo, te sientas. (Coge el mantón.)

Lor. Adiós, mujer.

Patro Adiós. (Vase por el foro.)

ESCENA II

LORENZO, luego CAYETANO

Lor. (Se sienta completamente abatido.) Ná; y que cá día está peor. ¡Rediez qué geniecito! ¡Maldita sea hasta la calle en que está la parroquia en donde me pusieron el yugo!

Cay. ¿Se pué pasar? (Este Cayetano no parece el mismo de antes: viene afeitadito, vestido con un traje flamante y con cara de hombre satisfecho de la vida.)

Lor. Pasa, Cayetano, pasa.

Cay. ¿Qué haces aquí tan solo?

Lor. Esperando á la Patro. ¿Tiés un pitillo?

Cay. (Dándole la petaca.) Toma.

Lor. Gracias; ¿y tu mujer?

Cay. Llorando se quedaba en casa.

Lor. ¿Qué la pasa?

Cay. Ná; que hoy me se ha ido la mano y he abusao de mi autoridá en uno de los ojos de mi costilla. ¿Y tú qué tiés en las narices?

Lor. Un golpe que me dí anoche. ¿Tiés una cerilla?

Cay. Toma, (Dándole la caja.) y permíteme que te diga que ese golpe te lo has dao en la alcoba.

Lor. Sí; con la puerta de la alcoba.

Cay. No me has entendido la indireta: la alcoba quié decir la parienta.

Lor. (Como ofendido.) ¡Hombre!

Cay. Abreme tu pecho, Lorenzo. Tú no eres feliz; tú no eres el amo de tu casa; tu mujer te ha quitao los pantalones y... hasta los calzoncillos.

Lor. ¡Ay, Cayetano, cómo ha cambiao la Patro!

Cay. El que has cambiao has sido tú, que antes eras el rey de tu casa y ahora eres ná más que el último súdito. Conozco el papel: lo he desempeñao yo muchos años; pero, vino la revolución, y le quité á mi mujer la corona, la dí en la coronilla tres capones bien daos, y dos patás en el cetro, y proclamé la República... En esta casa ha ocurrido lo mis-

mo; pero, tóo lo contrario; al que le han dao la patá en el cetro ha sido á ti, Lorenzo.

Lor. Tú no sabes cómo se ha vuelto la Patro; ya no es aquella niña humildita que hacía lo que se la mandaba; ahora es doña Métome en todo; me tié mártir... me registra los bolsillos...

Cay. Como hacía la mía durante su reinao.

Lor. Me pide las cuentas de lo que gasto.

Cay. ¡Lo mismo!

Lor. En fin, hasta cuando vuelvo de la calle me huele pa ver si he estao en la taberna.

Cay. ¡Muérdela en las narices! Esa fué mi primera hazaña, la señal de la revolución. Mi mujer me metía la aguileña hasta la campanilla... Pero llegó un día en que oí tus consejos, y al querer la Nati anterarse de mis interioridades, cerré las quijadas, y la nariz de mi cónyuge un pingajo; y desde entonces, venga de aquí, (Da dos ó tres puñetazos á la atmósfera.) y de aquí, (Da un par de puntapiés al mismo elemento.) y frases gordas, y palabras malsonantes, y epítetos de tóos calibres. Porque, eso sí; yo me ciego, y luego recapacito y veo que soy yo el que se ha hecho daño en los nudillos... y á veces la llamo unas cosas, que resulta que el más ofendido debía ser yo. ¡Hasta he llegao á decirla que maldita sea su suegra! Es que, claro está, me ofusco, y no reflesiono.

Lor. Pero, oye, oye, ¿y la Nati se ha hecho á ese trato?

Cay. La estoy haciendo, mejor dicho, deshaciendo. Y ella, ¿qué remedio tié más que aguantarse? Ha perdido la fuerza moral, y, como de la física anda peor cá día... ahí lo tiés tóo.

Lor. ¿Y tú estás al pelo?

Cay. ¡Que si estoy! (Levantándose y sacando dinero del bolsillo del chaleco.) Tú fíjate en el detalle: decisiete pesetas.

Lor. ¿De qué tiés tú ese dinero? (Con gran asombro.)

Cay. De la libreta, ¡que la estoy dando cada mordisco!... Yo, ahora soy lo que debe ser un hombre, el rey de la creación en su casa.

Lor. ¡Me dejas con la boca abierta, Cayetano!

Cay. Mi mujer es una esclava que me mima; se ha modificao en tóo. Hasta ya no ronca, que era un defeto ruidoso que tuvo desde la primera noche: en cuanto cerraba los ojos, abría la boca, y la municipal, ¡un concierto noturno, y no en Rosales, precisamente! Bueno; pues eso se ha acabao; hoy día es completamente silenciosa. En aquellos años en que yo era más desgraciao que tú ahora, la Nati daba cá ronquío que atronaba, y yo achantao. Algunas veces la arreaba, (Imitando el modo de arrear á las caballerías.) porque dicen que hace callar, pero como si no; hasta que llegó el día en que la arreé de veras, (Imitando la acción de pegar.) y se acabó la música.

Lor. Me haces feliz oyéndote.

Cay. ¡Y tú pues serlo!

Lor. ¡Quiá!

Cay. Vuelve á ser el Lorenzo de antes.

Lor. ¡Si no pué ser! En cuanto la quieo dar un cachete, se me acidenta y se pone á morir. Ayer mismo, porque si yo había tardao ó no había tardao, tuvimos unas palabras, y antes de que yo me hubiera podido poner al corriente de la situación, ya me había metido una rodilla por la boca del estómago.

Cay. Eso hacía antes mi mujer.

Lor. Yo me quedé sin respiración un buen rato y á ella la dió un soponcio. Vamos á ver, ¿qué hubieras hecho tú?

Cay. Lo primero tomar bicarbonato pa el estómago, y luego, en cuanto se la pasase el soponcio, darla tres ó cuatro meneos.

Lor. ¡Qué bien se dice!

Cay. Y se hace.

Lor. Te digo que ni tú, ni yo, ni nadie.

Cay. Lorenzo, tú nesecitas cambiar de aire, ventilarte un poco, alternar, estar entre hombres. Vente conmigo á dar un paseo y verás cómo piensas de otro modo dentro de un rato.

Lor. ¡Tengo que esperar á la Patro!

Cay. Que vengas, he dicho. (Cogiendo la gorra de Lorenzo y poniéndosela á éste.)

Lor. (Resistiéndose.) Miá que luego...

Cay. (Cogiéndole de un brazo.) Tú ven y déjate de esperas.

Lor. Que esto me va á costar un disgusto con ella.

Cay. En cuanto te tomes un par de quinces, te importan tres pepinos tóos lcs disgustos.

Lor. (Separándose de su amigo.) ¡Beber! Eso sí que no... que me huele, y no quió líos.

Cay. Ponte la gorra (Porque se la ha quitado.) y vámonos.

Lor. Pero...

ESCENA III

DICHOS y PATRO por el foro

Patro ¿Ande van ustés?

Cay. Me llevo á este á dar una vuelta conmigo.

Lor. Sí; aquí Cayetano que se ha empeñao... (Quitándose otra vez la gorra.)

Patro Bueno, está bien; pero no te olvides de que luego tiés que salir con tu mujer; así que prontito estate de vuelta. Y que ya sabes que no me gusta esperar.

Lor. Está bien, Patro.

Cay. Hasta luego. (A Lorenzo.) ¡Ay, Lorenzo; veo que has perdido el sexo completamente! (Vanse por el foro cogidos del brazo Cayetano y Lorenzo.)

ESCENA IV

PATRO y luego NATI

Patro Y vaya si viene; ¡como la luz! ¡Cómo me han puesto esto de colillas y de ceniza! ¡Uf, qué puercos son tóos los hombres! (Oyense unos suspiros entrecortados y á poco aparece Nati hecha un mar de lágrimas. Viene con el pelo en desorden y en el ojo derecho se advierten las caricias de su amante esposo.)

Nati (Arrojándose desconsolada en brazos de su amiga.) ¡Ay, Patro de mi alma! ¡qué desgraciada soy!

Patro ¿Pero qué la pasa á usté, señá Nati?

Nati ¿Qué quiés que me pase? Que ese hombre es un bandido, un granuja, un indígena!

Patro Serénese usté, tome un poco de agua. (Va por un vaso de agua y lo llena de la botella que hay encima de la cómoda.)

Nati ¿Que me serene? Si lo que yo quió es morirme, reventar como un triquitraque. (Se bebe el agua.) Ese hombre es peor que el destripador de mujeres. Hoy me ha cogido del moño y me ha metido la cabeza en la tenaja pa que me ahogara. (Llorando.)

Patro ¡Qué barbaridá!

Nati Y gracias á que no había subido el aguador, que si no me ahoga. Y el muy criminal, al ver que no conseguía su propósito, ha tapao con la tapadera con tal fuerza, que me ha hecho dos chichones en la cabeza y un arañazo en el cogote.

Patro Vamos, vamos, señá Nati; usté esagera.

Nati ¡Que esagero! No cuento ni la mitá de las barrabasadas que me hace. Quié matarme, no te quepa duda. ¿Sabes lo que ha puesto en el padrón que ha llevao el municipal esta mañana? «Cayetano Perea, de cincuenta y seis años, estado viudo», y debajo, con letras mu gordas, «de ganas». (Llora con verdadero desconsuelo.)

Patro Eso son bromas. (Riéndose.)

Nati No lo creas; se ha vuelto mu atravesao: ná de lo que hago le parece bien; si pongo patatas se le antojan judías; si le doy bacalao quié patatas. Anoche se le metió en la cabeza que yo ponía lentejas porque me gustaban á mí y pa darle en la cabeza á él, y me hizo comerme toa la fuente, y hasta rebañar con el pan. Y porque me sentaron mal, se incomodó encima y me amenazó con darme hoy otra fuente de lentejas. (Llanto desconsolador.)

Patro ¿Y usté aguanta esas infamias?

Nati ¿Qué voy á hacer, si en cuanto alzo la voz baja él la mano y me pone negra?

Patro Yo me hubiera separao de él cincuenta veces.

Nati Además le ha dao por ir á los cines y se ha

vuelto sicalítico; ¿te acuerdas de aquel retrato mío que tenía puesto en un marco de peluche verde?

Patro ¡Ya lo creo que me acuerdo!

Nati Pues le ha quitao mi fotografía y ha puesto á la Chelito buscándose una pulga.

Patro ¿Y qué ha hecho del retrato de usté; lo ha roto?

Nati ¡Ojalá! Dice que lo guarda pa cuando tenga hipo. Me echa en cara lo que gasto; y hasta ha llegao á decir á un amigo delante de mí, que él solo hubiera tenido hijos, pero conmigo no. ¡Hasta eso!

Patro ¡Ay seña Nati! qué pena me da verla á usté... á usté, que siempre había sido una mujer muy entera, tan acobardá y tan achicá. Usté ya no es aquella seña Nati del verano pasao.

Nati Yo, sí; el que no es el mismo es él.

Patro Usté lo que debe hacer es hablarle muy clarito.

Nati Si ya no me oye.

Patro Chilla usted.

Nati Y no me hace caso.

Patro Pues yo le hablaré y le diré tóo lo que usté le diría de buena gana.

Nati Mujer, tanto no.

Patro Le diré que no es de hombres pegar á una mujer, que es un gallina el que se aprovecha del sexo débil, y que si viene á mano que no sería tan valiente con quien tuviera pelos en la cara.

Nati ¡Ay, no, no le hables de pelos, que le ha dao por decir que tengo más bigotes que un guardia.

Patro Pues le diré otras cosas y la aseguro á usted que si tié de vergüenza tanto así...

Nati No tié tanta.

Patro No debe ponerla á usted la mano encima.

ESCENA ULTIMA

PATRO, NATI, LORENZO y CAYETANO

Cay. Ya me figuraba yo que estarías aquí y por eso hemos vuelto tan pronto. ¿Qué tiés tú que hacer en esta casa?

Patro ¡Lo que la da la gana!

Cay. (Asombrado.) ¿Eh?

Patro (Con mucha tranquilidad.) Oiga usté, señor Cayetano; precisamente estábamos hablando de usté, y me alegro de verle en mi casa pa decirle dos cosas.

Lor. (A Patro.) Pero tú qué vas á...

Patro Tú te callas. (Con tono imperativo.) Siéntate. (A Cayetano.) Escúcheme usté y no me interrumpa: esta mujer, que es más buena que el pan, y desde luego mucho mejor que su marido..

Cay. (A Lorenzo.) ¿Pero tú oyes?

Patro Luego hablará usté. Esta mujer, que tié la desgracia de que su marido se haya vuelto de la noche á la mañana un sinvergüenza, (Asombro general.) está siendo una vítima de usté, que por lo visto se ha figurao que la esposa no es más que un cero á la izquierda, que no sirve más que pa trabajar y pa llenar la andorga al holgazán de su marido.

Cay. (Conteniéndose.) ¡Patro!

Patro Pues bueno; usté hará lo que quiera; pero en cuantito que yo me entere de que usté la pone un dedo en el pelo de la ropa, bajo á la calle, llamo á una pareja y va usté atao codo con codo á la Comisaría.

Cay. (Dominándose,) ¿Ha terminao usté ya? Bueno; pues oiga usté, niña: Yo hago en mi casa lo que quiero y en las costillas de mi mujer lo que me da la gana; y si vuelve usté otra vez á meterse en lo que no le importa, la... (Como amenazándola.)

Lor. (Interponiéndose y encarándose con Cayetano y subiendo la voz gradualmente.) ¡Alto ahí! eso ya no, Cayetano; que la Patro no está sola; que hay

aquí un hombre, que como la levantes la voz tan siquiera, te da dos bofetás que te deja retratao en el suelo.

Cay. (Dispuesto á defenderse.) ¡A mí!

Nati (Encarándose amenazadora con Lorenzo.) Eso será un cuento; lo que es á mi marido, no hay quien le toque; porque antes le pongo yo á usté la cara como un mapa.

Patro (Poniéndose en jarras delante de Nati.) ¡Ay, qué gracia; será si yo lo dejo!

Cay. (Muy rápido á Lorenzo.) ¡A mí no hay quién me me pegue!

Lor. (Idem á Cayetano.) ¡En cuanto me alces el gallo!

Nati (A Patro.) ¡Y tú, niña, menos desplantes!

Patro (A Nati.) ¡Los que me se antojan!

(Las cuatro frases siguientes rapidísimas.)

Lor. ¡Esto se ha acabao!

Cay. ¡Vamos á verlo!

Nati ¡Ahora verás!

Patro ¡Ya lo creo!

(Uno coge una silla; otro, otra; Nati una botella y Patro un cacharro de encima de la cómoda y cuando parece que va á empezar la tragedia, se quedan quietos mirándose los unos á los otros.)

Cay. (A Lorenzo.) ¿Y eras tú el que no te atrevías con la Patro?

Lor. ¡Es que es una mujer!

Patro (A Nati.) ¿Y usté era la que temía á los golpes?

Nati A los de mi marido.

Cay. En total; que por querer la Patro librar á mi mujer de cuatro coscorrones nos íbamos á enredar los cuatro á trastazos.

Lor. ¡Y sin distinción de sexos!

Patro Es que en cuando se toca á lo que uno quiere... (Acercándose muy mimosa á Lorenzo.)

Cay. Eso digo yo.

Nati Entonces, ¿por qué me pegas? (Sollozando.)

Cay. ¡Tiés más razón que un santo! Déjame que te bese un chichón. (Le da un beso.)

Lor. (A Patro.) ¡Aplícate el cuento!

Patro Abrázame y dame un puñetazo si quieres.

(Se abrazan y así quedan hasta el final.)

Cay. Desde hoy soy otro... Y pués romper el retrato de la Chelito; no quiero más pulgas

que las que te piquen á ti, que yo te arrascaré.

Lor. ¡Ay, Patro, cuánto te quiero!

Cay. (A Nati.)
¿Y yo á ti? ¡Con toa mi alma!

Nati (Al público.)
Aquí termina el sainete.

Patro Perdonad sus muchas faltas.

TELON

Obras del mismo autor

Pasacalle, sainete lírico madrileño, en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo). (1)

Calabazas, entremés cómico-lírico en prosa, original, música del maestro Chapí.

La joroba, cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí. (1)

El incierto porvenir, comedia en dos actos y en prosa, original.

Los niños de Tetuán, pasillo cómico-lírico-taurino en un acto, dividido en cuatro cuadros y un intermedio, en prosa, original, música de los maestros Torregrosa y Calleja.

El sexo débil, sainete en dos cuadros y en prosa, original.

---

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.



Precio: UNA peseta